

Antonio Velasco Piña

ÁNGELES
GUERREROS



SUMA
de letras

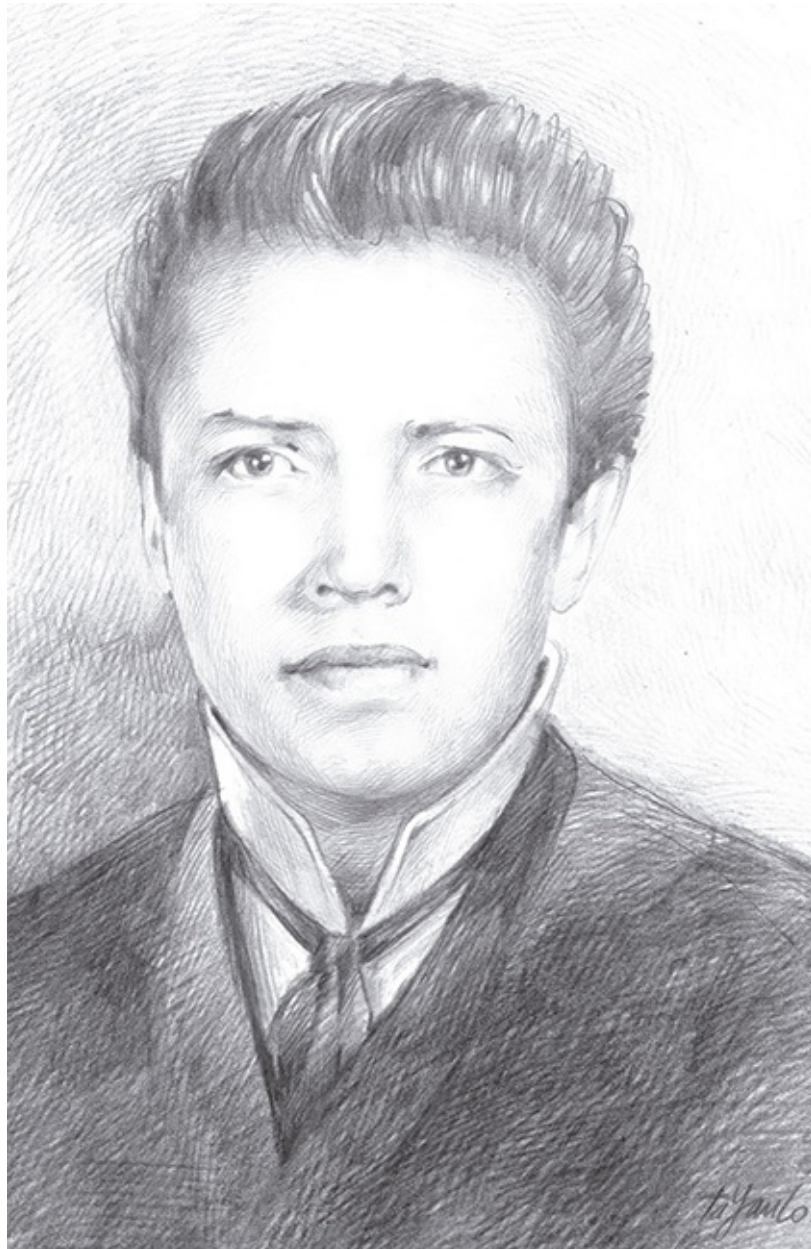
Antonio Velasco Piña

ÁNGELES
GUERREROS



*A los cinco integrantes del linaje de Ángeles guerrero
cuyas biografías se relatan en esta obra*

CAPÍTULO I
ALFÉREZ MANUEL ÁNGELES GONZÁLEZ



1. El llamado

Manuel Ángeles González, un joven de dieciocho años de edad, de recia musculatura y un ovalado rostro en el que destacaba una inquieta mirada, se despertó súbitamente al escuchar el resonar de una campana de la iglesia ubicada en las cercanías de su domicilio. De inmediato tomó conciencia de que el repiquetear de la campana era del todo inusitado. Aún no amanecía y no era la hora del habitual llamado a misa, pero además los recios campanazos transmitían un sentimiento de urgencia, era como un mensaje de que había que acudir con presteza para obtener una información de trascendente importancia.

Manuel se vistió a toda prisa. Sus padres ya se habían levantado y la mirada de ambos reflejaba desconcierto y preocupación.

—No se ha sentido ningún temblor —opinó la madre.

—Tal vez sea un incendio o algún asalto —dijo el padre.

—Voy a ver qué está pasando —afirmó Manuel al tiempo que salía corriendo de la casa.

Al llegar a la calle el joven se integró a un creciente número de personas que se dirigían presurosamente en dirección a la iglesia. La campana seguía resonando y su tañer parecía presagiar que estaba por acontecer un excepcional evento. El atrio de la iglesia se estaba terminando de llenar de gente cuando llegó Manuel. La campana había dejado de sonar. Frente a la portada de la iglesia, de pie sobre unos troncos, destacaba la figura del carismático, culto e inteligente cura parroquial, el señor Miguel Hidalgo y Costilla. Manuel lo conocía de mucho tiempo atrás, era el sacerdote que le había impartido su primera comunión y acostumbraba visitar a su familia con cierta frecuencia.

Bajo la luz de algunas antorchas, las personas congregadas ante la iglesia aguardaban expectantes las palabras del sacerdote. Este comenzó a hablar, su voz resonó con una fuerza que Manuel jamás había percibido en sus dominicales sermones. Explicó que la Nueva España era tan sólo una especie de cortina que ocultaba la existencia de una milenaria nación y que había que luchar por recuperar su identidad y su independencia.

El resonar de la campana y las palabras del cura Hidalgo habían permitido la creación de unos instantes de excepcionales características, que propician un cambio radical no sólo en la vida de las personas que en ellos participan, sino también en la historia de las naciones en donde esos instantes se producen. Cuando el sacerdote concluyó su exposición convocando a dar inicio a lo que calificó de una guerra sagrada, todos sus oyentes tomaron la determinación de participar en una lucha por romper las cadenas de una nación de la que, hasta entonces, tan sólo habían intuido vagamente la existencia.

El joven Manuel Ángeles retornó a su casa para informar a sus padres que desechaba la garantía de un futuro asegurado, por el hecho de ser el hijo único del dueño de la tienda de abarrotes más importante del pueblo, para lanzarse a una incierta aventura en la que muy posiblemente perdería

vida, con el propósito de alcanzar unos fines que a sus progenitores les resultaban del todo incomprensibles y que a él mismo le era imposible poder explicar. Tomando tan sólo algunas prendas y unos pocos alimentos, que apretujó en una maleta junto a su vieja honda con la que acostumbraba lanzar piedras para probar su excelente puntería, abandonó la casa en la que había nacido y vivió hasta ese entonces.

A media mañana del día 16 de septiembre de 1810, el grupo de personas reunidas en torno a la iglesia del pueblo de Dolores se puso en movimiento; lo encabezaba el cura Miguel Hidalgo montando un caballo prieto. A su lado, también montando a caballo, iban tres militares uniformados: Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo. Los demás eran en su mayor parte campesinos y pequeños comerciantes que marchaban a pie, acompañados muchos de ellos de sus esposas y de sus hijos. Manuel calculó que ascendería a cuatrocientas el número de personas que integraban el contingente.

Tras de avanzar unas cuantas leguas los caminantes llegaron a la hacienda de la Erre. El señor Miguel Malo, administrador, era amigo de Hidalgo y los recibió hospitalariamente proporcionándoles cuanto comida había en las bodegas. Manuel aprovechó el descanso para saludar a Hidalgo, el cual le informó que se dirigían a San Miguel el Grande, para incorporar a la insurrección al Regimiento de Caballería de la Reina, existente en esa población y del que eran oficiales los tres militares que los acompañaban.

La columna reinició la marcha. Al pasar por Atotonilco el capitán Ignacio Allende pidió que se detuviesen, pues deseaba orar unos instantes en la iglesia en que se había desposado con María Agustina de las Fuentes. Acompañado de Hidalgo el militar penetró al santuario. Al poco rato retornaron a la calle. Hidalgo portaba una gran imagen de la Virgen de Guadalupe. La figura del sacerdote lucía transformada, como si el hecho de enarbolar la imagen le hubiese dotado de una energía sobrenatural que le otorgaba especiales poderes. Hidalgo comenzó a tremolar la imagen un tiempo que profería recios vítores a la Virgen de Guadalupe.

Anochece cuando la columna hizo su arribo a San Miguel el Grande. Sus integrantes distribuyeron en diferentes casas en donde recibieron alojamiento sin necesidad de utilizar violencia. Los cerca de doscientos elementos que constituían el Regimiento de Caballería de la Reina se unieron a la rebelión, aportando caballos y armas. Manuel Ángeles observó que Hidalgo entregaba numerosos jinetes misivas y que estos partían de inmediato hacia diversos rumbos. El joven preguntó a quién podrían estar dirigidos esos comunicados. Los acontecimientos de los siguientes días darían una clara respuesta a su pregunta.

Tras de pernoctar en San Miguel el Grande, los rebeldes prosiguieron su caminata en dirección a Santa Fe de Guanajuato, distante a diez días de marcha. Durante el recorrido fue aconteciendo un hecho sorprendente: cada día se incorporaban a la rebelión miles de indígenas, provenientes de todas direcciones. Manuel concluyó que la única explicación de la pronta difusión de la noticia del inicio de la sublevación, debía estar en las misivas enviadas por Hidalgo a muy distintos lugares, pero esto no explicaba que por el simple hecho de haberse enterado del comienzo de una revuelta, miles de personas estuviesen abandonando sus casas, sus cultivos y sus trabajos, para participar en un conflicto bélico sin llevar más armas que machetes y hondas, portando tan sólo la ropa que traían puesta y poca comida para cuando mucho dos o tres días.

La carencia de alimentos para dar de comer a una multitud que rebasaba ya las cincuenta mil

personas era precisamente la que había determinado a los dirigentes de la rebelión a fijar como primer objetivo la toma de la ciudad de Santa Fe de Guanajuato, en la cual se almacenaba el producto de las cosechas de granos de una extensa y fértil región agrícola.

Durante el transcurso de las diarias y prolongadas caminatas, el joven Manuel Ángeles tuvo oportunidad de platicar en repetidas ocasiones con Catalina González, una bella mujer de poco más de cuarenta años de edad, poseedora de una considerable fortuna que utilizaba para hacer generosas donaciones a los conventos femeninos y que llevaba cerca de dos años viviendo en el pueblo de Dolores, hospedada en el convento de las monjas clarisas. Siendo ella la que donara la campana que había hecho resonar Hidalgo, a Manuel no le extrañó verla marchando incorporada a la insurrección pues era sabido que mantenía una relación de gran amistad tanto con Hidalgo como con los militares amigos de éste.

Desde la primera de sus pláticas, el joven mencionó a Catalina el profundo asombro que le causaba el ver que miles de indígenas estaban acudiendo al llamado de Hidalgo, sin que al parecer conociesen las causas y los motivos de la lucha a la que se les convocaba y en la cual corrían el riesgo de perder la vida.

Catalina respondió que la opinión de Manuel era del todo equivocada. Si los indígenas habían acudido al llamado de manera inmediata y en tan gran número, era porque llevaban años proyectando con Hidalgo el camino a seguir para que la nación mexicana recuperase no sólo su independencia, sino su antigua vocación de grandeza. La campana que ella había donado a la iglesia de Dolores —reveló Catalina— era un instrumento elaborado por sabios alquimistas, con la finalidad de que cuando se tocase la persona adecuada, su resonar iniciase un movimiento de despertar de conciencia en los habitantes de la Nueva España. El que Hidalgo calificase de guerra sagrada el movimiento por la independencia que encabezaba no era ninguna exageración. Para vigilar que no se perdiese el carácter sagrado de dicho movimiento, se había creado un consejo de guardianes de tradición integrado por cuatro personas, ella era una de éstas y representaba a la tradición olmeca, las otras tres eran los supremos guardianes de las tradiciones maya, zapoteca y náhuatl. En igual forma, se había designado para que participasen en la contienda a cuarenta guerreros sagrados, capaces de efectuar combates rituales, tendientes a lograr la elevación de conciencia de la población y la armonía entre el orden cósmico y el humano.

Catalina finalizó sus explicaciones manifestando la preocupación que tenía porque, a resultas de que las autoridades españolas se habían percatado de que se preparaba una sublevación, el inicio de ésta se había tenido que adelantar al 16 de septiembre en lugar del 29 de dicho mes, fecha que había sido designada por los cuatro guardianes de tradición como la más adecuada para dar inicio a una guerra sagrada por tratarse del día consagrado a la veneración del Arcángel San Miguel, prototipo y modelo de lo que debe ser un guerrero sagrado. Esta necesaria anticipación en el comienzo de la contienda estaba generando un serio problema, pues ni el consejo de guardianes ni los guerreros sagrados se sentían autorizados para participar en la guerra hasta antes del 29 de septiembre. Inconveniente aconsejable habría sido convocar a la rebelión desde el día 16 y esperar hasta el 29 para efectuar cualquier otra maniobra, pero esto había resultado del todo imposible. El llamado de Hidalgo había propiciado la inmediata movilización de miles de personas, muchas de las cuales llevaban ya días sin probar alimento, había por tanto que llegar cuanto antes hasta el gran depósito de granos.

almacenados en la Alhóndiga de Granaditas. El hecho de que en la ciudad de Santa Fe de Guanajuato existiese una fuerte guarnición de tropas virreinales hacía del todo imprevisible lo que acontecería cuando la hambrienta multitud de insurgentes llegase a la ciudad y tuviese que hacer frente a estas tropas, sin contar para ello con la presencia de los guerreros sagrados.

2. Dos batallas del todo diferentes

Don Juan Antonio de Riaño, caballero del hábito de Calatrava, era el intendente de Santa Fe de Guanajuato. Al tener noticias de que se aproximaban los insurgentes a la ciudad, con la evidente intención de abastecerse con los granos almacenados en la alhóndiga, se dio a la tarea de organizar la defensa de esta, la cual, por sus anchos y altos muros, era una auténtica fortaleza.

El torrente humano que se desbordó sobre la ciudad de Santa Fe de Guanajuato se estrelló contra una muralla de contención, representada por las cerradas descargas de fusilería con que fue recibido. Llegar a la Alhóndiga de Granaditas: de las azoteas del edificio líneas de acostados tiradores lanzaban una lluvia de balas y de las ventanas también brotaban incontables disparos. Tras de sufrir numerosas bajas la marea humana se replegó, buscando refugio en las casas cercanas. Los escasos insurgentes con formación militar intentaron poner orden en medio del prevaleciente caos, ordenando que todos permaneciesen bajo resguardo y que sólo participasen en la lucha los muy pocos integrantes del Regimiento de la Reina que portaban fusiles, pues por ser este un agrupamiento de caballería, en su mayor parte tampoco ellos disponían de armas de fuego. Muy pronto resultó evidente que los escasos disparos de los insurgentes no estaban causando ningún daño en los bien parapetados defensores de la alhóndiga y mucho menos en la recia construcción, cuya toma parecía ser cada vez más imposible.

Manuel Ángeles jamás había pensado que pudiese tener nada parecido a lo que es una vocación militar, ni a una mente capaz de elaborar una estrategia aplicable en una batalla, pero al observar lo que estaba aconteciendo, comprendió que cuando quien comandaba a las tropas virreinales se percatase de la casi total carencia de armamento de los insurgentes, concluiría que podría romper fácilmente el sitio de la alhóndiga, ordenando que los soldados saliesen disparando hasta lograr que sus contrarios se dispersasen o cayesen abatidos por las descargas de los rifles.

Llegando ante Allende, el joven Manuel le propuso organizar a quienes portaban hondas, para integrar un grupo que de forma coordinada mantuviese un constante envío de piedras a las líneas de tiradores apostados en las azoteas del edificio. Allende no sólo aprobó la propuesta sino que dispuso que varios de los soldados del Regimiento de la Reina colaborasen en su ejecución. Se formaron largas cadenas humanas que desde el río Cata hacían llegar piedras hasta las manos de los honderos, quienes protegidos desde lugares situados atrás de los muros de las casas, las lanzaban para que tras describir una larga parábola fuesen a caer sobre los soldados ubicados en las azoteas del asediado edificio.

La lluvia de piedras produjo un pronto efecto. Las tropas apostadas en las azoteas tuvieron que abandonarlas para ser reubicadas tras de las ventanas, en donde tan sólo cabían unas cuantas. Aunque cuando este traslado implicó una considerable disminución en el número de tropas que tenían disponibilidad para disparar a los atacantes de la alhóndiga, esto no se tradujo en una disminución del peligro de un contraataque de las fuerzas virreinales, que en cualquier momento podrían salir disparando contra los insurgentes, sustentadas en la incontrastable superioridad de su armamento. A

lo entendía con toda claridad Manuel Ángeles, cuando se acercó a él un fornido minero apodado Pípila para proponerle un audaz plan de acción. El joven lo consideró factible y llevó al minero ante Hidalgo, que autorizó la puesta en práctica del proyecto.

Llevando atada a sus espaldas una gruesa lápida y portando una antorcha y brea, el Pípila comenzó a arrastrarse hacia la puerta principal de la alhóndiga. Al ya no existir tiradores en las azoteas, los disparos en su contra tan sólo podrían provenir de las ventanas próximas a la puerta. Allende y los insurgentes que disponían de armas de fuego concentraron sus disparos en esas ventanas. Las balas lanzadas contra el minero se estrellaron en la losa sin herirlo y este logró prender fuego a la puerta que comenzó a arder y terminó por desplomarse.

Un alud de hombres, mujeres y niños se lanzó al asalto y penetró a la alhóndiga. La superioridad numérica de los atacantes se impuso rápidamente sobre los defensores, la mayor parte de los cuales negaron a rendirse y fueron muertos.

En la Alhóndiga de Granaditas no sólo estaba almacenada una enorme dotación de granos que con inmediato la multitud comenzó a apropiarse, había también muchas barras de plata, producto de una floreciente actividad minera en la región, así como una considerable cantidad de dinero y alhajas que habían llevado los ricos del lugar al refugiarse en dicho edificio.

La contemplación de una jamás imaginada suma de riquezas despertó la codicia de muchos de los que habían participado en la batalla. Se inició un saqueo que muy pronto se generalizó en gran parte de la ciudad. Los jefes insurgentes trataron de impedirlo pero les resultó imposible.

Manuel Ángeles observaba con preocupación la anarquía imperante. A su lado estaban su amigo Vicente Valencia, un joven ingeniero de minas que residía en Guanajuato y al que había convencido que se uniese a la rebelión, así como Catalina González, la guardiana de la tradición olmeca.

—Mucho me temo que este supuesto inicio de un movimiento de independencia aborte y se quede tan sólo en un gran mitote de intrascendentes consecuencias —opinó el ingeniero minero.

—No será así —replicó Catalina—. Ya mañana es 29 de septiembre y podremos empezar a actuar tanto los integrantes del consejo como los guerreros águilas y jaguares. Las aguas tomarán su cauce. Esta será una guerra sagrada.

Tal y como lo anunciara Catalina, el consejo de guardianes de tradición se reunió y empezó a tomar acuerdos. El primero fue disponer que los cuarenta guerreros sagrados que los acompañaban llegados de todos los rumbos, debían ser los encargados de restablecer el orden. Así lo hicieron. Portando encendidos sahumerios y tocando caracoles y tambores recorrieron toda la ciudad. La autoridad que dimanaba de ellos se imponía con su sola presencia y no necesitaban ejercer violencia alguna. El desorden terminó.

Cuantos participaban de la rebelión comprendieron que tenían que alcanzar un mínimo de organización y de adiestramiento en el manejo de las armas. Se organizaron batallones. Los fusiles capturados a los defensores de la alhóndiga se utilizaron para capacitar en su uso a algunos insurgentes. Se requisaron los explosivos de las minas y las campanas de las iglesias fueron fundidas para hacer unos cuantos cañones.

El segundo acuerdo del consejo consistió en la resolución de efectuar una solemne y secreta ceremonia para conferir a Hidalgo la jerarquía de “padre de la nueva patria mexicana”. La ceremonia se efectuó en la ciudad de Valladolid, en la casa de doña Micaela Montes, ubicada frente a la portada

lateral de la iglesia de la Compañía de Jesús.

Una vez alcanzada una deficiente pero mínima organización de los contingentes que integraban el ejército insurgente, este se puso en marcha y no se detuvo hasta llegar al lugar adecuado para librar la primera batalla ritual en la recién iniciada contienda: el monte de las Cruces.

La finalidad a lograr en la batalla era la de integrar en uno sólo los símbolos más sagrados de las dos tradiciones espirituales que a través de un sincretismo integraban la nueva cosmovisión de los habitantes de la antigua nación mexicana: la cruz de Quetzalcóatl, que contiene la explicación del funcionamiento de las cuatro energías fundamentales que conforman el universo, así como la cruz cristiana, que simboliza la redención del género humano mediante el sacrificio de Cristo.

La batalla se efectuó el 30 de abril de 1810. El teniente coronel Torcuato Trujillo era el comandante del ejército virreinal y trató de aplicar la estrategia utilizada por Federico el Grande en la batalla de Leuhten, que permitió al ejército prusiano derrotar al austriaco a pesar de que este contaba con una enorme superioridad numérica. La base de esta estrategia consistía en alcanzar, en el campo de batalla, una capacidad de maniobra muy superior a la del enemigo, que le llevase primero a su desorganización y luego a su desbandada.

Sabiendo que, si bien eran muy numerosos, los insurgentes contaban con escasos rifles y cañones y no tenían la capacidad de maniobra propia de los ejércitos profesionales, Torcuato Trujillo intentó su desorganización primero mediante cerradas descargas de artillería y fusilería y luego simulando un ataque al sector derecho de las fuerzas rebeldes, para en realidad proceder a una concentrada arremetida en su sector izquierdo, convencido de que con ello lograría la total desarticulación y derrota de sus contrarios.

Pero no fue así. Aun cuando las descargas de cañones y fusiles habían producido una gran mortandad en las fuerzas insurgentes, estas no se detuvieron y continuaron avanzando, encabezados por los guerreros sagrados y por Hidalgo. Los guerreros estaban formados integrando una cruz en cuyo centro se encontraba el cura Hidalgo, ellos portaban estandartes con símbolos de las antiguas culturas mexicanas y él enarbolaba el pendón con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Varios guerreros habían caído abatidos por las balas, pero la cruz de símbolos había proseguido su avance seguida por un incontenible alud humano, que llegó hasta la línea de cañones enemigos, se apoderó de estos y prosiguió, ahogando bajo el peso de su masa línea tras línea de fusileros.

Manuel Ángeles marchaba muy cercano a la figura de Hidalgo, llevaba una gran bolsa colgada de su cuerpo de la que extraía piedras que lanzaba con su onda. Repentinamente se percató de que un soldado virreinal, situado a muy escasa distancia, apuntaba directamente a Hidalgo; dando un salto interpuso entre el amenazante fusil y el sacerdote. Sonó una cercana detonación y Manuel sintió un intenso impacto en su cuerpo que le hizo caer, intentó levantarse sin lograrlo y al tocarse sus manos se empaparon de sangre, apretó fuertemente la bolsa con piedras en el lugar donde suponía que estaba su herida y al poco rato perdió todo asomo de conciencia.

3. Una inesperada propuesta

Cuando Manuel abrió los ojos ya estaba anocheciendo, continuaba postrado en el suelo rodeado de yacientes cuerpos de combatientes insurgentes y virreinales. Arrodillados junto a él se encontraban dos personas. Una era un guerrero sagrado de recia musculatura y poderosa mirada. La otra era una bella joven de suaves modales que trataba de darle a beber una poción de aromático olor. Manuel tocó el lugar de su herida y constató que estaba cubierta con un ancho vendaje, bebió el líquido y luego preguntó:

—¿Quién ganó?

—Nosotros —respondió la joven esbozando una sonrisa.

Manuel no encontró palabras con las cuales expresar la intensa emoción que le embargaba, tanto por el triunfo insurgente como por haber salvado la vida. Había perdido mucha sangre y estaba en un grado extremo de debilidad, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Cuando despertó ya era de día y se encontraba acostado en un petate. Se le había trasladado a un improvisado hospital de guerra que atendían curanderas indígenas. Junto a él estaba un soldado del Regimiento de la Reina, el cual había sido herido en un brazo que llevaba vendado. Con cierta dificultad estaba terminando de ponerse la camisa de su uniforme, rota y manchada de sangre. Al observar que Manuel se había despertado opinó:

—Tuviste suerte. Te salvaste de milagro, pero no podrás asistir a la entrada que haremos en la Ciudad de México hoy mismo. Se están levantando arcos triunfales para recibirnos. Lo criollo mandaron decir que han comprado ya la voluntad del derrotado ejército virreinal para que no presenten ninguna resistencia a la entrada de las fuerzas insurgentes; desde luego no entrarán todos sus integrantes, tan sólo los criollos y los mestizos, los indígenas retornarán a sus lugares de origen. Se constituirá un gobierno provisional que pedirá a Fernando VII que venga a gobernarnos, o bien que designe a la persona de sangre real que habrá de ser el primer monarca de una Nueva España independiente, pero vinculada a la Corona española, y al cual se le pedirá que ponga fin a esa injusta medida de que los criollos no podamos tener los mismos derechos que los peninsulares.

El soldado concluyó de hablar y se fue, dejando a Manuel sumido en un mar de dudas y cavilaciones. Habiendo experimentado los horrores de la guerra, se alegraba enormemente de su terminación y de que se hubiese logrado la independencia de la Nueva España, pero al parecer dicha independencia iba a ser muy diferente de lo que él imaginara y se traduciría exclusivamente en beneficio de los criollos, pues los integrantes de las otras castas que componían la estructura de la sociedad novohispana —y que eran la inmensa mayoría de su población— no obtendrían ventaja alguna. En su propio caso, por el hecho de ser mestizo y si hubiese estado en condiciones de poder hacerlo, tan sólo se le habría concedido el poder participar en el triunfal desfile de entrada a la Ciudad de México, lo que ni siquiera se les permitiría a los indígenas, que eran los que en realidad habían

ganado la guerra pagando por ello una gran cuota de sangre. ¿Era esa la guerra sagrada que supuestamente dirigía un secreto consejo de guardianes de tradición y que tenía por objeto recuperar la identidad de México como una nación sagrada?

Las cavilaciones de Manuel fueron interrumpidas por la llegada de la joven que la noche anterior le vendara su herida y a la cual pudo observar ahora con mucho mayor detenimiento. Tenía una graciosa figura y un bello rostro de grandes ojos negros, respingada nariz y larga cabellera, su tez era morena aterciopelada. La joven revisó el vendaje y afirmó que había dejado de sangrar. Manuel expresó su agradecimiento por las atenciones recibidas, indagó que el nombre de la joven era Xóchitl Melo y preguntó si conocía a doña Catalina González. Al recibir una respuesta afirmativa, pidió que se le informase a esta de la situación en que se encontraba. Xóchitl respondió que lo haría en cuanto pudiese, pues doña Catalina y los otros integrantes del consejo, así como los guerreros sagrados que habían sobrevivido a la batalla, estaban conferenciando para tomar los acuerdos conducentes a las próximas acciones que habría que realizar. Dicho lo anterior, Xóchitl se alejó para atender a otros heridos.

Era ya pasado el mediodía cuando Manuel vio que se acercaban tres personas: Xóchitl, doña Catalina González y el guerrero que por la noche había estado a su lado. Tras de saludarles, afirmó con irónico acento:

—¿Qué, a ustedes tampoco les permitieron tomar parte del desfile?

—¿Cuál desfile? —preguntó doña Catalina.

—El de la entrada triunfal a la Ciudad de México, con lo que se consumará la independencia de Nueva España.

—El ejército insurgente no va a entrar en la capital —afirmó categórica la guardiana de tradición olmeca—. Esta es una guerra sagrada y sólo se terminará cuando se hayan alcanzado todos sus objetivos.

—Pues según parece los criollos dan por hecho que al entrar hoy a la Ciudad de México y tomar poder la guerra habrá llegado a su fin. Hidalgo es criollo y es el caudillo de este movimiento. ¿Qué lo que piensa él que hay que hacer?

Con voz cuyo acento reflejaba un sentimiento de profundo afecto y respeto, doña Catalina respondió:

—Don Miguel no está sujeto a los condicionamientos resultantes de pertenecer a una determinada casta, él ya es un auténtico mexicano, un ser que ha logrado que su espíritu domine y trascienda a su materia. Al igual que los demás integrantes del consejo, estuvo en total acuerdo en cuál debe ser el siguiente paso para lograr que esta guerra continúe teniendo el carácter de sagrada.

—¿Y cuál es ese paso? —preguntó Manuel evidentemente interesado en conocer lo acordado por el consejo.

—Realizar una peregrinación.

—¡Una peregrinación! ¿A dónde?

—Siempre que se ha fundado una nación sagrada se ha realizado primero una peregrinación. La Biblia narra la que efectuaron los israelitas y nuestra Tira de la Peregrinación la que hicieron los aztecas. La que ahora habrá que hacer será en dirección contraria a la de los aztecas, o sea del sur

norte.

—¿Y Allende y los otros militares criollos están de acuerdo con esto?

—Al principio se opusieron, pero don Miguel terminó por convencerlos. Hoy mismo comenzará la dispersión del ejército insurgente, la inmensa mayoría retornará a sus casas, pues por ahora, en esta etapa de la guerra, no es tiempo de combatir sino de caminar ritualmente y muy pocos saben hacerlo tan sólo unos cuantos centenares. Don Miguel dirigirá la peregrinación. De los demás integrantes del consejo únicamente iremos él y yo, los demás están ya muy ancianos para una marcha tan pesada como será esta. Nos dirigiremos primero a Guadalajara, para conseguir el apoyo de maracambos, huicholes, rarámuri (tarahumaras) y tepehuanes, que tienen una gran experiencia en caminatas rituales.

Con un dejo de tristeza, Manuel afirmó:

—Pues yo hasta aquí llegué, por el estado en que me encuentro me será imposible participar en la peregrinación.

—Te tenemos una muy buena noticia —expresó doña Catalina al tiempo que señalaba al guerrero sagrado que la acompañaba—. Don Marcos te vio cuando salvaste la vida del cura Hidalgo sin importarte el riesgo de perder la tuya. A su juicio esa fue una señal de que quizás tengas madera para llegar a ser un guerrero sagrado. Si tú aceptas, él está dispuesto a llevarte a su casa y proporcionarte la instrucción necesaria hasta saber si puedes serlo o no. Su hija, que es una excelente curandera, atenderá para que sanes lo más pronto posible de tu herida.

Doña Catalina terminó su alocución señalando a Xóchitl. Las miradas de Xóchitl y de Manuel se cruzaron. Con voz que revelaba una total certeza, Manuel afirmó:

—Gracias, en verdad muchas gracias, por supuesto que acepto agradecido su generosa propuesta.

4. En el umbral del camino del guerrero

Tal y como anunciara doña Catalina, el ejército insurgente inició su dispersión. En los días inmediatamente siguientes a la batalla del monte de las Cruces, más de la mitad de sus integrantes abandonó el campamento para retornar a sus hogares. Los integrantes del consejo se dieron a la tarea de proceder, con sumo cuidado, a seleccionar a quienes eran aptos para participar en la peregrinación.

Al enterarse los jefes de la insurgencia de que proveniente del norte se aproximaba a marchar forzadas un ejército virreinal, decidieron alejarse cuanto antes de las proximidades de la Ciudad de México. Allende consideró que había que brindar protección a los peregrinos y custodiarlos hasta que llegasen a las zonas desérticas del norte en donde difícilmente podrían ser localizados, por lo que debía suspenderse la disolución de las fuerzas insurgentes. La opinión de Allende se aprobó y la caminata rumbo al norte dio comienzo.

Al llegar a Aculco los caminantes estuvieron a punto de ser alcanzados por las avanzadas del ejército virreinal. Allende propuso y se acordó un audaz plan, consistente en que Hidalgo y el pequeño grupo de peregrinos continuase en dirección a Guadalajara, mientras que él y lo que aún quedaba del ejército insurgente se dirigían a Guanajuato, convirtiéndose en un señuelo que atrajese la persecución de sus contrarios. Así lo hicieron y la estratagema funcionó. Hidalgo pudo llegar sin ningún problema a Guadalajara, en donde estaban reunidos los maracames indígenas expertos en caminatas rituales. El sacerdote aprovechó su estancia en esa ciudad para promulgar un decreto de abolición de la esclavitud, el primero en la historia del continente americano.

Al llegar a Guanajuato y con el propósito de ganar un poco más de tiempo para los peregrinos que se dirigían a Guadalajara, Allende simuló que iba a fortificar la ciudad para resistir un asedio. Calleja, el comandante del ejército virreinal, no cayó en la trampa y sus tropas tomaron por asalto la plaza. Los insurgentes se retiraron en dirección a Guadalajara para continuar su misión de custodiar a los peregrinos.

Una vez reunidos los peregrinos y las cada vez más disminuidas fuerzas insurgentes, intentaron proseguir su marcha rumbo al norte, pero fueron alcanzados por el ejército virreinal en un lugar denominado Puente de Calderón y se vieron obligados al enfrentamiento, sufriendo una derrota que culminó en una casi total desbandada. En medio de la debacle, tan sólo un pequeño grupo se mantuvo unido tras el estandarte de la imagen de la Virgen de Guadalupe que portaba Hidalgo: los dirigentes militares de la insurgencia, los peregrinos ya seleccionados, los maracames a cargo de guiar la peregrinación y algunos cuantos combatientes, que consideraron que más importante que intentar salvar sus vidas era continuar dando protección a quienes realizaban una caminata ritual que debía tener trascendentales consecuencias.

Llevado en una rústica camilla que varios fornidos jóvenes se iban turnando para cargar, Manuel Ángeles fue trasladado desde el campamento insurgente en el monte de las Cruces hasta la casa del guerrero águila don Marcos y su hija Xóchitl, ubicada en medio de un bosque a las faldas del Ajusco, un volcán existente en las cercanías de la Ciudad de México.

Tal y como mencionara doña Catalina González, los dones de curandera de la joven Xóchitl eran en verdad sobresalientes, por lo que muy pronto Manuel comenzó a recuperarse de las consecuencias de la grave herida sufrida en la batalla del monte de las Cruces. Su estancia en la casa de don Marcos, que se prolongaría por varios años, le permitiría irse adentrando en el fascinante y secreto mundo de los guerreros sagrados de la tradición náhuatl, cuyos milenarios orígenes se remontan a la época de esplendor de Teotihuacan. Esta hermandad de guerreros no había desaparecido al sobrevenir la conquista europea, sino que continuaba existiendo, desde luego en forma mucho más reducida y sin tener una actuación pública sobresaliente, pero sí interviniendo siempre que lo consideraba necesario.

La primera enseñanza que recibió Manuel sobre la profunda cosmovisión que compartían las antiguas culturas mexicanas era la de considerar que cuanto existe en el universo está dotado de conciencia y que es posible la comunicación entre la conciencia de los seres humanos y la de cualquier otro ser de la naturaleza. El poder establecer comunicación con las montañas se consideraba algo especialmente importante y necesario.

Don Marcos era el secreto guardián del Ajusco y de inmediato comenzó a enseñar a Manuel lo que tenía que hacer para intentar comunicarse con la conciencia del volcán. Aprovechando la obligada inmovilidad del joven a resultas de su herida, lo colocaba diariamente varias horas sobre un petate y la sombra de un árbol, con la vista dirigida hacia la cumbre del Ajusco, indicándole que debía repetir numerosas veces a lo largo del día un mismo ejercicio: poner la mente en blanco evitando cualquier imagen o pensamiento, luego observar detenidamente el volcán, cerrar los ojos y recordar con mayor precisión posible su figura, para finalmente tratar de establecer una comunicación entre su conciencia y la del Ajusco.

Tras de dos meses de realizar con gran constancia y dedicación este ejercicio, Manuel llegó a la conclusión de que no había obtenido resultado alguno con la práctica del mismo, como no fuese por percatarse de que la mente vaga siempre a su antojo y sin ningún control y de la enorme dificultad que representa el poder mantenerla concentrada en una misma imagen o propósito.

Al manifestar Manuel la frustración que le dominaba por no haber podido comunicarse con el Ajusco, don Marcos opinó que el que se hubiese dado cuenta de que la mente actúa comúnmente sin ningún control era ya un importante logro. A continuación expresó una desconcertante afirmación:

—El Ajusco se encuentra sumido en un profundo sueño desde hace ya muchos siglos. Al igual que con una persona que está durmiendo, resulta imposible mantener un diálogo.

—¿Entonces para qué he estado tratando de establecer una comunicación con él? —preguntó Manuel Ángeles.

—Porque está dormido pero no muerto y en muchas ocasiones tiene sueños. Ahora es ya un anciano, pero en una remota época fue el más poderoso guerrero de todo México y posee una gran sabiduría; conocer sus sueños constituiría para ti una invaluable enseñanza. Sigue tratando de lograr esa comunicación.

Manuel redobló sus esfuerzos y aun cuando al parecer estaba muy lejos de alcanzar su propósito

se percataba de que su capacidad para mantener el control de su mente por periodos prolongados era cada vez mayor. En cierta ocasión, mientras dormía, tuvo un sueño con imágenes de un gran realismo. Vio a dos hombres de recia musculatura que a todas luces deban su condición de guerreros. Ambos portaban escudo y *macuahuitl*, que manejaban con singular destreza simulando un combate. Era evidente que el mayor de ellos estaba adiestrando al más joven en el manejo de esas armas. Su atuendo era en extremo sencillo, llevaban tan sólo un blanco taparrabos atado a la cintura y una cinta roja anudada en la frente.

Cuando a la mañana siguiente Manuel relató su sueño a don Marcos, este manifestó una gran alegría y le dijo:

—Lo lograste, pudiste percibir lo que estaba soñando el Ajusco. Lo sé porque yo también tuve anoche ese mismo sueño. ¿Entendiste lo que estaba ocurriendo en ese sueño?

—No muy bien; lo que yo vi fue a un guerrero adulto entrenando a uno joven.

—Era el Ajusco enseñando al que ahora es el máximo guerrero de México, el Popocatépetl.

—Pero usted me dijo que el Ajusco es ya un anciano y yo vi a un adulto y no a un anciano.

—Es que en este sueño el Ajusco se visualizó a sí mismo de adulto y no de anciano, porque a él le debió estar cuando fue maestro del Popocatépetl.

—¿Y el Popocatépetl también está dormido? —preguntó Manuel.

—Sí, todo México lo está, pero el toque de campana que dio el cura Hidalgo fue ya un primer paso en el proceso de ir reactivando la conciencia de México. Será un proceso muy largo para nuestra percepción humana del tiempo. El siguiente paso trascendental en este proceso se dará dentro de mediados de un siglo, el 21 de marzo de 1948, fecha en que nacerá de nueva cuenta nuestro señor Cuauhtemotzin, él vendrá precisamente con la misión de despertar la conciencia de los dos mexicanos más importantes: el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl. —Don Marcos concluyó afirmando—: Tú has iniciado anoche tu personal proceso para llegar a ser un guerrero sagrado, un guerrero águila. Necesitarás desde luego la gracia divina para conseguirlo. El secreto es ir logrando la creación de un centro inmutable, de un orden interno en armonía con el orden cósmico, que te permita ser el dueño de ti mismo y no un simple juguete de los vicios, las pasiones y las circunstancias. Para esto tendrás que mantenerte siempre en estado de alerta, atento a cuanto ocurra dentro y fuera de ti. Hay toda una serie de prácticas conducentes a ir formando la personalidad de un guerrero sagrado, te las iré enseñando.

5. Noviazgo, investidura, boda y heredero

El constante trato entre Manuel y Xóchitl, derivado de los cuidados que la curandera debía dar al herido, fue incrementando la atracción que ambos sintieron desde el primer encuentro. Aun cuando ninguno mencionaba palabra alguna al respecto, sus miradas hablaban por sí mismas, revelando que había surgido entre ellos un profundo amor.

Una vez que Manuel hubo sanado del todo y que comenzó a ser guiado por don Marcos en el camino conducente a convertirlo en un guerrero sagrado, manifestó a Xóchitl la índole de sus sentimientos y ella admitió que compartía estos plenamente.

La pareja acudió ante don Marcos para que autorizase su noviazgo. El guardián del Ajusco acordó favorablemente su solicitud, pero señaló que para que dicho noviazgo pudiese conducir a un matrimonio, debían primero tomar conciencia de que este no podría limitarse a tan sólo tratar de cumplir con las convencionales obligaciones propias de esa unión, sino que debería satisfacer las derivadas del hecho de que él estaba destinado a ser un guerrero sagrado y ella una sacerdotisa. El amor entre una pareja de esta índole tenía que ser algo muy sagrado que llevase a unir esfuerzos para alcanzar un superior estado de conciencia, una elevada espiritualidad.

El anhelo de realizar su boda lo antes posible llevó a Manuel a intensificar al máximo su dedicación en todas las actividades tendientes a formarse a semejanza de los ancestrales guerreros sagrados de México.

Hasta la pequeña aldea en medio del bosque en donde moraban don Marcos y su familia fueron llegando las noticias sobre lo acontecido al movimiento en favor de la independencia nacional que iniciara el cura Hidalgo. El ejército insurgente se había desintegrado tras de sufrir una derrota en una batalla librada en las cercanías de Guadalajara, pero esto no había impedido que un pequeño grupo prosiguiera realizando una caminata ritual de sur a norte, similar a la que hicieron los aztecas de norte a sur. Los caudillos que dieron inicio a la guerra de independencia habían terminado siendo apresados, fusilados y decapitados. Don José María Morelos y Pavón era ahora el máximo jefe insurgente de la independencia y estaba convocando a cuarenta guerreros sagrados a concentrarse en Cuautla (cuya etimología es el nahuatlismo *cuautli*, que significa “águila”) para librar una batalla ritual que permitiese recuperar el derecho a utilizar la figura de un águila en el escudo que habría de tener la nación cuando alcanzase su independencia. Don Marcos era uno de los guerreros que habían sido convocados.

Antes de marcharse a Cuautla y previendo que tal vez no regresase pues podría perder la vida, don Marcos promovió la realización de dos solemnes ceremonias: La investidura de Manuel Ángel González como guerrero águila y la celebración de la boda entre Xóchitl y Manuel.

En la cumbre del Ajusco denominada Pico del Águila tuvo lugar la primera de las ceremonias. Acudieron a ella los más importantes guardianes de la tradición náhuatl y se le otorgó a Manuel un

doble grado: el de guerrero águila y el de alférez, este último por pertenecer al grupo de danzas rituales que encabezaba el propio don Marcos.

El casamiento de Manuel Ángeles y de Xóchitl Melo se realizó en la capilla de Aldea de los Reyes, una población ubicada en las faldas del Popocatepetl y de la Iztaccíhuatl. En la boda estuvieron presentes los guardianes de la pareja de volcanes y los graniceros, un misterioso grupo para pertenecer al cual es necesario haber sobrevivido a la caída de un rayo, así como haber desarrollado la facultad de poder controlar la lluvia con miras a beneficiar las labores agrícolas.

La realización de las dos ceremonias confirmaron la opinión de Manuel de que la característica fundamental de la renaciente nación mexicana era el sincretismo que se estaba dando en ella desde hacía tres siglos, entre sus ancestrales raíces indígenas y el injerto llegado allende los mares. El rito del otorgamiento del grado de guerrero águila era de origen náhuatl, como lo eran las danzas que estos guerreros practicaban, pero los santos patronos de estas danzas eran cristianos y el grado de alférez era similar al existente en la jerarquía del ejército colonial español. La boda se había efectuado en una capilla católica y de acuerdo con el rito de esta religión.

En el banquete nupcial estuvo presente un anciano guardián de la tradición zapoteca, quien al despedirse de la pareja y tras darle su bendición, les anunció que con ellos se iniciaba un linaje, pues varios de sus descendientes que llevarían el apellido Ángeles serían guerreros sagrados.

Manuel y Xóchitl establecieron su hogar en una choza de la pequeña aldea del Ajusto, a la que continuaba llegando intermitente información sobre la guerra que para alcanzar su independencia estaba librando en el país. Una noticia sobre el particular fue a un mismo tiempo motivo de alegría y tristeza. Los combates que había disputado en Cuautla el ejército al mando de Morelos habían concluido exitosamente. Como premio al heroísmo desplegado en dichos combates, se podía utilizar la imagen de un águila en las banderas que enarbolaban las tropas insurgentes. Los cuarenta guerreros sagrados que participaron en el prolongado y cruento sitio de Cuautla habían muerto incluido don Marcos Melo, el padre de Xóchitl y suegro de Manuel.

El alférez Manuel Ángeles supuso que muy pronto sería convocado para participar activamente en la guerra, pero durante algún tiempo esto no ocurrió, pues por el momento no se requería la presencia de guerreros sagrados en las filas insurgentes. La específica misión que le correspondía realizar en Morelos —recuperar el derecho a ostentar la imagen de una águila en el escudo nacional— había sido lograda, podía por tanto concentrar sus esfuerzos en las cuestiones militares, políticas y sociales de la contienda y así lo hizo.

El ejército bajo el mando de Morelos no dejaba de obtener victoria tras victoria en sus encuentros con las tropas virreinales, ensanchando cada vez más la extensión de territorios bajo su control. Se organizó un congreso nacional que formuló una declaración de independencia y elaboró una constitución política de carácter republicano, sustentada en avanzados propósitos de justicia social.

Tal vez la Constitución resultó demasiado avanzada para su época. Con miras a evitar el peligro del surgimiento de dictaduras, se establecía en ella que el ejercicio del poder ejecutivo se depositaría no en una sino en tres personas y que el mando del ejército no estuviese a cargo del poder ejecutivo sino del legislativo, lo que ocasionó que Morelos quedase despojado de las facultades necesarias para dirigir las actividades militares. Muy pronto resultó evidente la incompetencia de los legisladores para conducir la guerra. Cesó la racha de victorias para dar inicio a una ininterrumpida serie de derrotas.

que llevó a la desintegración del ejército, la disolución del Congreso y la captura y fusilamiento de Morelos.

Las autoridades de la Nueva España y la inmensa mayoría de sus habitantes concluyeron que el movimiento independentista había constituido un total fracaso. Se expidió un decreto de amnistía para que los integrantes de los escasos grupos que aún continuaban combatiendo pudiesen retornar a la normalidad, sin sufrir castigo alguno por su anterior rebeldía. Casi todos se acogieron al perdón y dejaron las armas.

Hasta la aldea del Ajusco donde moraban Manuel y Xóchitl llegó una mañana el supremo guardián de la tradición náhuatl. En contra de lo que todas las apariencias indicaban —afirmó el guardián— la lucha por alcanzar la independencia de México debía proseguir. Enclavado en las montañas del sur estaba el último valuarte de la dignidad nacional. Ahí se estaban concentrando guerreros sagrados provenientes de diferentes regiones del país. El alférez Manuel Ángeles debía unirse a ellos.

Sin mayor pérdida de tiempo, Manuel y Xóchitl emprendieron el viaje hacia la agreste cadena montañosa donde estaba el campamento insurgente. Su comandante, el general Vicente Guerrero, era un personaje caracterizado por poseer una indoblegable voluntad, incapaz de rendirse por muchas adversas que fuesen, como lo eran, las circunstancias por las que atravesaban quienes aún mantenían encendida la llama de la lucha por la independencia.

A su llegada al campamento tras de un agotador viaje, Manuel tuvo la agradable sorpresa de encontrar en este a Catalina González, que fuera quien donara a la iglesia de Dolores la campana que el padre Hidalgo había hecho sonar para convocar al pueblo a dar inicio a la rebelión.

El general Vicente Guerrero acogió complacido la incorporación de Manuel Ángeles al ejército bajo su mando, con la cual se complementaba el simbólico número de cuarenta guerreros sagrados integrados en las tropas del caudillo del sur. Guerrero consideró que resultaba innecesario otorgar a Manuel un grado militar convencional, sino que debía respetarse el que le había sido reconocido por tradición: alférez.

Catalina González no sólo era la dirigente en todo lo relacionado con la organización interna del cuartel insurgente —enfermería, comedor, depósito de armas, etcétera—, sino también la principal encargada de que se mantuviese una cordial vinculación y colaboración entre los rebeldes y los moradores de las aldeas existentes en la zona montañosa donde operaban las tropas de Vicente Guerrero. Su bondadoso carácter y su carismática personalidad le habían ganado el afecto y el respeto de cuantos la conocían.

La plena incorporación del alférez Manuel Ángeles a las actividades de las tropas del general Vicente Guerrero fue inmediata. Si bien muy escaso en número, el ejército insurgente efectuaba una eficaz guerra de guerrillas, que obligaba a un buen sector del ejército virreinal a mantenerse en una permanente e infructuosa movilización, intentando cercar y exterminar a sus insalvables oponentes.

La participación de Manuel en los combates era lo menos importante, lo más relevante era su actuación en las diversas acciones que efectuaba el grupo de cuarenta guerreros sagrados para lograr que el conflicto continuase siendo una guerra sagrada: invocaciones, marchas y danzas rituales.

A poco tiempo de cumplir el año de su llegada al campamento insurgente, Xóchitl dio a luz a un robusto niño que llevaría por nombre Felipe Ángeles Melo. Sus padrinos fueron Vicente Guerrero y Catalina González. Hubo todo un concurrido festejo para celebrar el acontecimiento. La naturaleza

también participó en el evento con una fuerte tormenta. Un guerrero que tenía facultades proféticas vio en esto el anuncio de que la vida del recién nacido estaría llena de intensos combates.

El consejo secreto que conducía la guerra había dictaminado que la recuperación del derecho a utilizar como escudo nacional el sempiterno símbolo de México, requisito indispensable para lograr independencia, se realizaría en dos etapas. En la primera se recuperaría la figura del águila —símbolo del espíritu— mediante un acto de excepcional heroísmo que debía realizarse en Cuautla. En la segunda se recuperaría la imagen de la serpiente —símbolo de la materia, o sea del territorio nacional— mediante una combinación de tenacidad y de astucia.

Catalina González había llegado a la conclusión de que la indoblegable voluntad de Guerrero jamás declararse vencido aun en las más adversas circunstancias, rebasaba ya con mucho la exigencia relativa a la tenacidad, pero que faltaba cumplir con el requisito concerniente a la astucia, por lo que propuso dirigirse a la Ciudad de México, para ver si allí encontraba a la persona poseedora de esa característica.

Aun cuando Vicente Guerrero consideraba que la presencia de Catalina en el campamento era imprescindible, terminó por aceptar su partida. Un sacerdote de la ciudad de Iguala, simpatizante del movimiento independentista, proporcionó a Catalina, a Manuel y a Xóchitl cartas de identificación y recomendación, con nombres ficticios, que les permitirían justificar el motivo de su viaje a la capital del virreinato: la presentación del pequeño Felipe, que estaba por cumplir tres años de edad, ante la imagen de la Virgen de Guadalupe en el templo del Tepeyac. Catalina figuraba en los documentos como la madre de Manuel y la abuela del niño.

Sin mayores contratiempos el cuarteto realizó la travesía de las montañas del sur a la Ciudad de México. Al llegar a esta se hospedó en la casa del doctor Fernando Montes de Oca, el cual era un activo miembro de la sociedad secreta de los Guadalupes, misma que venía prestando una invaluable ayuda al movimiento insurgente, tanto en apoyo económico como en información de los movimientos de las tropas realistas y en general sobre los planes que, en contra de dicho movimiento, proyectaban las autoridades de la colonia. La denominación de esta sociedad secreta derivaba de que todos sus integrantes eran fieles devotos de la Virgen de Guadalupe.

El doctor Montes de Oca informó a sus huéspedes las noticias más inesperadas e interesantes. En España un grupo de militares había presionado al rey Fernando VII para establecer un régimen constitucional que en teoría suprimía el sistema absolutista, esto había alarmado a los peninsulares y los criollos de la Nueva España, que consideraban que este cambio podría poner en peligro la subsistencia de sus privilegios de clase, razón por la cual comenzaron a organizarse para lograr la independencia de la colonia y llamar a Fernando VII a que viniese a gobernarlos. Los conspiradores estaban convocando a cuantas fuerzas podían unirse a ellos y habían ya invitado a los dirigentes de los Guadalupes, como representantes de los insurgentes, para que acudiesen a las reuniones que tenían lugar en la iglesia de la Profesa de la Ciudad de México.

Acompañando al doctor Montes de Oca, Catalina acudió a una de dichas reuniones. No tardó en percatarse de que el indiscutido dirigente de la conspiración era el coronel criollo Agustín de Iturbide, quien con gran astucia conducía la reunión logrando que se aprobasen siempre sus propuestas. Una vez de regreso a la casa del doctor Montes de Oca, Catalina expuso ante este y ante Manuel y Xóchitl su

conclusiones sobre lo ocurrido en la reunión: no dudaba de que Iturbide poseyera la astucia necesaria para consumar la independencia, pero su propuesta sobre cómo hacerlo estaba al parecer diseñada para atraer tan sólo el apoyo de los peninsulares y los criollos, acordes con la creación de una monarquía que les garantizase la preservación de sus intereses, ignorando del todo a las otras clases sociales.

Muy de mañana del siguiente día, Iturbide se presentó en el domicilio donde se encontraba Catalina y pidió hablar con esta. Ella acudió acompañada del dueño de la casa, de Manuel y de Xóchitl. Sin mayores preámbulos los tres expusieron ante Iturbide su unificado criterio: la unión entre el movimiento independentista que el coronel encabezaba y el de los insurgentes era del todo imposible. El México por el que ellos luchaban era el de una república democrática, con igualdad de derechos para todos sus habitantes, no un gobierno absolutista encabezado por un monarca extranjero que sólo buscaría el beneficio de una minoría.

Iturbide respondió que para poder realizar la independencia sin derramamiento de sangre, se había visto obligado a prometer a peninsulares y a criollos —que eran los poseedores del control político y de la riqueza de la colonia— que sus intereses no se verían afectados, pues con un gobierno monárquico mantendrían todos sus privilegios, pero que esto no sería así, que le podían asegurar el general Vicente Guerrero que en cuanto se consumase la independencia se formaría un gobierno provisional, el cual convocaría a elecciones para que libremente el pueblo escogiese a sus gobernantes.

Catalina, Manuel y Xóchitl le prometieron a Iturbide llevar ante Guerrero la propuesta que hacían de unir sus fuerzas y enviarle la respuesta a dicha proposición. Cuando Iturbide se hubo marchado Catalina manifestó que presentía que era sincero al afirmar que no proyectaba traer a Fernando VII o a ningún noble español para que gobernase, pero que sospechaba que el coronel mentía al decir que deseaba el establecimiento de una república, tal vez lo que estaba tramando era seguir el modelo napoleónico, consistente en hacerse del poder con el apoyo del ejército. No obstante, consideraba que debía tomarse en cuenta su propuesta de alianza con los insurgentes, pues esto permitiría lograr la consumación de la independencia, poniendo punto final a una guerra que venía desangrando a la nación desde hacía una década.

Cuando Catalina regresó al refugio insurgente en las montañas del sur, los otros tres integrantes del consejo secreto que dirigía la guerra estuvieron de acuerdo con ella en que se aceptase la alianza propuesta por Agustín de Iturbide, el cual, manifestando una gran astucia, había ido logrando el apoyo de todos los dirigentes de las fuerzas sociales que integraban la Nueva España con miras a lograr la consumación de la independencia.

Sin tener que librar combate alguno, el Ejército Trigarante que encabezaba Iturbide hizo su triunfal entrada a la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. Cerró el desfile el contingente de tropas insurgentes al mando del general Vicente Guerrero. Había en ellas veteranos de las campañas de Hidalgo y de Morelos, así como los integrantes de la sociedad de los Guadalupes. Como si Catalina González hubiese considerado que al consumarse la independencia se cerraba para ella su ciclo de vida, al terminar el desfile se sintió desfallecer y perdió el conocimiento. Fue conducida en brazos por Manuel Ángeles a la casa del doctor Francisco Montes de Oca. Por la tarde abrió los ojos y narró que había tenido una profética visión en la que una mujer despertaría la dormida conciencia de México. Expiró al anochecer.

Tal y como Catalina González había supuesto, Agustín de Iturbide ni llamó a gobernar a Fernando VII, ni tampoco propició la creación de una república, sino que apoyado por el ejército se proclamó emperador. El hecho suscitó un gran malestar en los antiguos insurgentes, que habían combatido largamente por la instauración de un sistema democrático. Manuel Ángeles rechazó la oferta de incorporarse al ejército con el grado de coronel y en compañía de su esposa y de su hijo retornó a su casa familiar en el pueblo de Dolores, de la que tenía más de diez años de haber salido. Su padre estaba enfermo y atendía con creciente dificultad su negocio de abarrotes. Manuel se hizo cargo del negocio. Xóchitl volvió a embarazarse y dio a luz a una pareja de gemelas que llevaron por nombres Catalina y Citlali.

Contando con la colaboración de una importante guardiana de la tradición náhuatl, Manuel Ángeles promovió en el pueblo de Dolores la creación de un grupo de danza sagrada, del cual su hijo Felipe formó parte desde el inicio. Al igual que en toda esta clase de grupos, su objetivo no era tan sólo el de capacitar a sus integrantes en el aprendizaje de antiguas danzas prehispánicas, sino el de introducirlos en el conocimiento de la profunda cosmovisión alcanzada por las ancestrales culturas mexicanas.

Conforme el joven Felipe Ángeles Melo fue creciendo, comenzó a manifestar un profundo interés por cuanto se relacionase con las guerras que en el pasado habían tenido lugar en México, especialmente sobre todo lo referente a las denominadas guerras floridas que efectuaban los aztecas para obtener prisioneros destinados a ser sacrificados. En cierta ocasión en que el tema de esta guerra fue abordado por la guardiana que participaba en el grupo de danza del que Felipe tomaba parte, la anciana explicó que la manera en que los aztecas habían practicado estas guerras era ya una deformación del verdadero propósito que habían tenido en su origen, así como de la forma en que los habían realizado los guerreros toltecas y mayas.

Las auténticas guerras floridas —explicó la guardiana— eran ceremonias rituales que tenían por objeto impartir una enseñanza sagrada a lo más profundo de la conciencia de una población. Incluso en muchas ocasiones ni siquiera era necesario que se librara un combate real, sino que podía simularse este mediante una especie de representación teatral que captara la atención de todos aquellos a quienes se deseaba transmitir un mensaje que transformara sus conciencias. Desde luego estos guerreros estaban siempre prestos a ofrendar su vida, si ello se requería para dar cumplimiento a su misión.

El joven Felipe Ángeles Melo se formuló el firme propósito de llegar a ser un guerrero que pudiera participar en una auténtica guerra florida. Al cumplir los diecisiete años informó a sus padres que deseaba seguir la carrera militar y se trasladó a vivir a la Ciudad de México; corría el año de 1834.

- [**click This Is How to Get Your Next Job: An Inside Look at What Employers Really Want book**](#)
- [*download online Winged Victory for free*](#)
- [Christmas in Germany: A Cultural History online](#)
- [read Prisoners of the American Dream: Politics and Economy in the History of the US Working Class pdf, azw \(kindle\)](#)

- <http://xn--d1aboelcb1f.xn--p1ai/lib/Introduction---la-m--taphysique.pdf>
- <http://damianfoster.com/books/L-Imaginaire-m--di--val---Essais.pdf>
- <http://rodrigocaporal.com/library/Wish-List.pdf>
- <http://weddingcellist.com/lib/Prisoners-of-the-American-Dream--Politics-and-Economy-in-the-History-of-the-US-Working-Class.pdf>